

V.S. NAIPAUL

PREMIO NOBEL DE LITERATURA

La máscara de África

Un viaje por las creencias africanas



LITERATURA RANDOM HOUSE

La máscara de África

V.S. Naipaul

Traducción de
Flora Casas Vaca

www.megustaleer.com

*Para el equipo A,
N.S., G.C.G., L.F. de R., Ev. de R., T.T., P.E., D.P. J.,
y para Andrew Wylie*

1

EL SEPULCRO DE KASUBI

1

En 1966 pasé entre ocho y nueve meses en África Oriental. Un mes en Tanzania; unas seis semanas en la altiplanicie de Kenia; el resto del tiempo en Uganda. Años más tarde incluso utilicé una versión de Uganda para un relato, algo que únicamente puedes hacer cuando crees tener una idea imparcial de un sitio, o una idea acorde con tus necesidades. Volví a Uganda cuarenta y dos años después de aquella primera visita. Esperaba dar comienzo allí a este libro sobre la naturaleza de las creencias de África y pensaba que sería mejor adentrarme sin prisas en mi tema en un país que conocía o que medio conocía. Pero me di cuenta de que el país se me escapaba de las manos.

Había ido a Uganda en 1966, en calidad de escritor residente, a la universidad de Makerere, de Kampala, la capital. Vivía en una casita gris de una planta en el campus, que era espacioso y abierto y estaba bien cuidado, con calles asfaltadas y bordillos y vigilantes a la entrada enrejada. Mi asignación (que concedía una fundación estadounidense) me daba para chófer y cocinero. Mis obligaciones no estaban muy definidas, y vivía más o menos retirado, absorto en un libro que me había llevado, en el que trabajaba a diario con ahínco, y prestaba menos atención de la debida a África y a los estudiantes de Makerere. Cuando quería descansar un poco del libro y el campus iba en coche hasta Entebbe, a unos veinticinco kilómetros, donde estaba el aeropuerto y donde, a la orilla del lago Victoria, grandioso, el mayor de África, también había un Jardín Botánico (como en otras ciudades coloniales británicas) por el que daba gusto pa-

sear. En ocasiones algunas partes del jardín quedaban anegadas por el agua del lago Victoria que se filtraba (recordatorio de la naturaleza salvaje que nos rodeaba, pero de la que estábamos protegidos).

El viaje de Kampala a Entebbe era un paseo por el campo; en parte por eso resultaba tan apacible en 1966. Había cambiado. Mientras aterrizaba el avión, desde el aire se veía cómo había crecido Entebbe, con algo más que unos cuantos poblados o aldeas desparramados por la tierra verde y húmeda bajo las cargadas nubes grises de la estación de las lluvias, y se comprendía que lo que en su momento había sido monte en una zona sin importancia de una pequeña colonia se había transformado en valioso terreno edificable. Los brillantes techos de chapa ondulada nuevos daban la sensación de que a pesar del terrible pasado reciente, cuarenta de los peores años de África –la guerra y las pequeñas guerras tras una sangrienta tiranía–, allá abajo podía haber un auténtico frenesí por el dinero.

El viaje hasta la capital ya no era un paseo por el campo. Una vez pasados los antiguos edificios administrativos y residenciales de la Entebbe colonial, que habían logrado resistir (los tejados rojos de chapa ondulada y los entarimados de los aleros pintados de blanco aún en buen estado), te topabas con una zona improvisadamente semiurbanizada, de aspecto endeble, donde muchos de los edificios que se habían levantado (tiendas de comestibles, pisos, garajes) parecían a la espera de ser derruidos y mientras tanto eran luminosos y repetitivos, con anuncios de telefonía móvil en las paredes pintadas.

Así seguía durante todo el trayecto hasta la capital. En ningún tramo se tenía una vista de la ciudad y de las verdes colinas por las que Kampala era famosa años atrás. Todas las colinas estaban edificadas, y muchos de los espacios entre ellas, las hondonadas, parecían pavimentados con la vieja chapa ondulada de las viviendas pobres. Pero con todas aquellas viviendas habían llegado el dinero y los coches, y, para quienes no tenían dinero, las *boda-bodas*, bici-

cletas y motocicletas que por una pequeña cantidad ofrecían una rápida carrera en el asiento trasero por entre los atascos de tráfico, carreras que en la época colonial podrían haber estado prohibidas. Las carreteras no podían con tanto tráfico; incluso en esa estación de lluvias estaban polvorizadas, con el asfalto consumido hasta la fértil tierra roja de Uganda. No reconocí aquella Kampala, e incluso en aquella primera etapa me pareció un sitio donde se había producido un desastre.

Más adelante me enteré de los datos de población. Lo decían todo. En 1966 había unos cinco millones de habitantes en Uganda. Actualmente –a pesar del mandato, entre 1971 y 1979, de Idi Amín (quien, según se contaba, había matado a ciento cincuenta mil personas) y el gobierno no muy diferente, entre 1981 y 1985, del sanguinario Milton Obote, a quien le gustaba peinarse con un alto tupé que le subía desde la raya, una versión del estilo conocido en el país como inglés, a pesar de esa pareja y de todas las guerras posteriores, que continuaban al cabo de cuarenta años (según se decía, con un millón y medio de desplazados en el norte), y a pesar de la epidemia de sida–, Uganda tenía entre treinta y treinta y cuatro millones de habitantes. Como si, en contra de la lógica, la naturaleza deseara superarse a sí misma, compensar la sangre que había perdido Uganda, y no quisiera que desaparecieran el pequeño país y su gran sufrimiento.

En la cima de cada colina había una mezquita o una iglesia, y destacados edificios eclesiásticos por todas partes. Estaban representadas todas las confesiones religiosas. Y en las zonas más pobres, excesivamente edificadas, había construcciones más sencillas de los cristianos «renacidos», en ocasiones con letreros y nombres increíbles, como si allí la religión fuera un negocio que cubría una agobiante necesidad consumista a todos los niveles. Había mezquitas diversas, rivales: suníes, chiíes, ismaelíes; la comunidad ismaelí, considerada herética por algunos, tenía gran poder en África Oriental. Incluso había una mezquita y una escuela de la secta ahmadí, que honra a un profeta del islam del siglo XIX nacido en India y que no

todos los musulmanes aceptan. Para colmo, a los pocos días iba a llegar el hermano líder Gadafi, con su ropa estilosa y sus célebres mujeres guardaespaldas (además de sus doscientos guardias de seguridad, todos hombres), para inaugurar una mezquita libia en una prominente colina de la antigua Kampala. En la zona comercial de la ciudad había dos templos indios de piedra bastante nuevos cerca de los negocios de los indios. Habían invitado a los indios a volver tras haber sido expulsados por Amín, y a su regreso los habían recibido con cierta ambigüedad: un periódico local se planteaba si los habían compensado doblemente y pedía comentarios al respecto a los lectores. De modo que las banderas rojas ondeaban en los templos de piedra, anunciando que los templos funcionaban.

Hasta la cuarta década del siglo XIX Uganda había estado aislada, viviendo ensimismada. Después llegaron del este los mercaderes árabes. Querían esclavos y marfil; a cambio regalaban rifles de mala calidad y lo que en realidad eran juguetes. El kabaka Sunna, conocido por su gran crueldad, recibió bien a los árabes. Le gustaban sus juguetes. Sobre todo le gustaban los espejos; nunca se había visto la cara y no se lo podía creer. Fue el hijo y sucesor de Sunna, Mutesa, quien entre 1861 y 1862 conoció, agasajó y dejó frustrado durante varios meses al explorador John Hanning Speke, quien se quedó a pocos días de descubrir el nacimiento del Nilo.

Mutesa solo tenía veinticinco años y era casi tan cruel como su padre, pero también un hombre abierto, intuitivo e inteligente. Le gustaban los rifles que le dio Speke; le gustaban la brújula y los demás instrumentos que veía usar a Speke. Pero los baganda de Mutesa, con su don para la organización social, su disciplina militar y su complejo ritual cortesano, desarrollados durante siglos, tenían una civilización propia. Construían carreteras tan rectas como las calzadas romanas; tenían un alto concepto de la higiene; tenían una flota en el lago Victoria, con su almirante y sus propias técnicas navales, y podían invadir Busoga desde la otra orilla del Nilo. Trabajaban el hierro y fabricaban cuchillos y lanzas; sabían confeccionar tejido con la corteza de los árboles y eran grandes constructores de casas de

paja, con techos impecables, como recortados por un sastre londinense, pensaba Speke. Sabedor de que su pueblo podía hacer todas esas cosas, Mutesa llegó a la prodigiosa conclusión de que la verdadera diferencia entre Speke, tan cristiano y tan victoriano, siempre dispuesto a predicar a los paganos, y él era de carácter filosófico y religioso. Mutesa se volvió contra el islam, que había abrazado parcialmente; empezó a decir que los árabes eran unos embusteros, y trece años más tarde, cuando conoció al explorador H.M. Stanley, le pidió ayuda para que fueran a Uganda misioneros ingleses.

El fruto de aquella decisión tomada hace ciento treinta años podía verse actualmente en Kampala. A juzgar por los edificios eclesiásticos rivales en las cumbres de las colinas, la religión extranjera era como provocar una enfermedad contagiosa, que no curaba nada, que no daba respuestas definitivas, que desquiciaba a todo el mundo, que libraba las batallas indebidas, que estrechaba las mentes. Y cabía plantearse si el propio Mutesa, si hubiera podido regresar, no habría pensado que había cometido un error, y si África, dejada a su suerte en ese asunto, podría haber llegado a una síntesis propia y más valiosa de lo antiguo y lo nuevo.

¿Por qué habían causado tales estragos las religiones extranjeras reveladas en las creencias africanas? Esas religiones extranjeras tenían una teología complicada; no me parecía que hubiera resultado fácil, empezando desde cero, transmitírsela a los de aquí. Le pregunté al príncipe Kasim. Era descendiente directo de Mutesa, pero por la rama islámica, una división familiar que reflejaba la temprana conversión de Mutesa al islam, si bien a medias. El príncipe dijo que yo estaba equivocado. Tanto el cristianismo como el islam habían atraído a los africanos por una sencilla razón: ambos ofrecían una vida eterna, daban una visión a la gente de una vida después de la muerte. Por otro lado, la religión africana era más etérea, al ofrecer únicamente el mundo de los espíritus y de los antepasados.

2

Pensé que debía buscar mi antigua casita. Había plantado un tulipero en el jardín (que había comprado en el Botánico de Entebbe), y por entonces me rondaba la idea de que por uno u otro motivo volvería algún día a Kampala y que me gustaría ver cómo iba el árbol. Pero el campus de Makerere estaba irreconocible. Me dio la sensación de que había pasado a formar parte de la ciudad abarrotada y polvorienta. Una carta publicada en el periódico local que decía que habían derribado las vallas de la universidad y no las habían reemplazado parecía confirmar mi impresión. Pero después me enteré por un profesor de que, a pesar de los altibajos de la historia del lugar (un vicerrector asesinado en la época de Idi Amín y varios cargos importantes encarcelados y apaleados), seguían intactos ciertos datos, los del alojamiento del personal entre otros. En ellos constaba que en 1966 yo había vivido en el número 80 de Kasubi View.

El nombre de la calle me sonaba, pero no estaba seguro del número, y cuando me llevaron a la casa, que era una pura ruina, tuve la sensación de no haber vivido nunca en ella. Creo que quizá la hubieran elegido para mí porque hacía poco habían talado un árbol grande en el jardín y el tocón seguía allí. Me llevaron a ver el tocón, pero yo no sabía cómo podía ser un tocón de tulipero, ni tampoco lo sabía nadie de mi grupo. Pero el escenario estaba al revés. Mi recuerdo de la casa y el jardín era un recuerdo de holgura. Aquello era oscuro y cerrado. El terreno descendía por un lado, y en esa pendiente del terreno había una morrena de basura.

En Makerere había problemas con la basura; no parecía que la recogieran regularmente. Por los transitados senderos o caminos los marabúes picoteaban aquí y allá los fardos de basura rotos con sus largos picos, impertérritos ante el paso de los estudiantes. (Speke llama a estas aves «edecanes», y con sus largas alas plegadas y sus patas amarillas, delgadas y largas, encorvados con sus levitas, tenían un aire crítico, de autoridad.) Allí esas magníficas aves se habían hecho carroñeras, y la basura de la que se alimentaban parecía

decolorarlas y deformarlas, con bultos que les colgaban de la cara. Tenían que vivir con sus deformidades, de las que la naturaleza no era responsable. Verlas daba tristeza, y también la daban los estudiantes: estaban hacinados en residencias y dormitorios llenos de moho, con la ropa tendida en cuerdas combadas, y fuera vivían impotentes entre basuras. Debía de ir en contra de sus inclinaciones. Ciento cuarenta años antes, Speke escribía con admiración sobre la preocupación de los ugandeses por la higiene.

Allí todo daba la impresión de obrar en contra de la universidad y la idea del saber. Y una vez más, los datos de población lo decían todo. En 1966 había unos cuatro mil estudiantes. Actualmente había treinta mil. La carretera que en los viejos tiempos yo recordaba con una entrada enrejada era como una ajetreada calle comercial. La asfixiada Kampala se extendía justo allí fuera.

Mientras estuve en Kampala hubo al menos dos asesinatos (de extraños a manos de extraños) en el campus de Makerere. En el primer caso, un joven vendedor de coches paquistaní se dejó engañar para ir al campus por unos falsos clientes que le dijeron que querían probar un vehículo. Eso le habría parecido seguro a cualquiera, pero en cuanto el coche llegó al campus un hombre inmovilizó desde el asiento de atrás al vendedor y le causó la muerte apuñalándolo en el cuello. En el segundo caso, precisamente un guardia de seguridad fue asesinado a primeras horas de la mañana cuando intentaba robar al pasajero de una *boda-boda*.

Kasubi View, donde según me dijeron había vivido yo, debió de ofrecer en su momento una vista del sepulcro de Mutesa I, de 1884, una colina frente a otra colina de la ciudad. En la ciudad habían edificado demasiado como para tener aquella vista. Yo no creo haberla contemplado ni siquiera en 1966. Muy metido en mi libro, seguía la situación local sin prestarle demasiada atención, pensando que tenía todo el tiempo del mundo para dedicarme a los asuntos locales y visitar los sitios de interés, sin siquiera imaginarme que en la pacífica Kampala hubiera camiones del ejército por las calles, y fui posponiendo Kasubi hasta que fue demasiado tarde. Me habían dado

una carta de presentación para el kabaka, sir Frederick Mutesa, es decir, Mutesa II. Pero no la envié hasta marzo. Recibí una respuesta cortés –sorprendente dadas las circunstancias– pero ya era demasiado tarde.

Obote, el primer ministro, había enviado el ejército (al mando de Amín) contra el palacio del kabaka, casi indefenso. La mayoría pensaba que algo tan sacrílego –presentar violencia a un hombre que era algo más que un rey africano, la encarnación del alma de su pueblo– no podía ocurrir jamás. El kabaka logró escapar y encontró en Inglaterra un refugio terrible, más propio de un pordiosero, que debió de resultarle doloroso a un rey, y murió tres años más tarde, en 1969, a los cuarenta y cinco. En Uganda algunas personas aún lloran su tragedia y su temprana muerte. (Si bien Sunna murió a los cuarenta, y Mutesa I a los cuarenta y ocho.)

Próximo ya el final de mi estancia en África Oriental en 1966 fui a ver los sepulcros de Kasubi, donde por aquel entonces había enterrados dos kabakas. No guardo ningún recuerdo de haber ido al palacio del kabaka; supongo que aún estaba prohibida la entrada. Y de los sepulcros solo guardo un vago recuerdo. Supongo que todavía había una disuasiva presencia militar. Me quedé solo un rato y me imagino que no me dejaron entrar. Pero lo que vi en aquellos precipitados momentos no se me borró, y adquirió un carácter cada vez más mágico con el paso de los años: un edificio redondo de paja, de hermosas proporciones, con el techo cónico más alto que yo había visto con ese material, la paja muy fina, los aleros maravillosamente recortados, un país de las hadas africano.

Al fin me daban la oportunidad de ver algo más.

La UNESCO había declarado Kasubi patrimonio de la humanidad. Había una pequeña oficina fuera de la zona sagrada. Encontramos un guía, o quizá fuera él quien nos encontró a nosotros. A la entrada del recinto había una garita de paja. Era oscura, con dos hileras de columnas de madera que sujetaban el techo. Las columnas me sorprendieron; no sabía que las columnas bajo una bóveda de paja fueran características de esa arquitectura. Más allá de la garita, a la

izquierda, estaba la cabaña de los tambores. Los tambores eran sagrados; cada cual tenía un sonido especial y se empleaban unos distintos para las diferentes ocasiones. Pero nuestro guía no nos enseñó los tambores, y aunque dijo que pertenecía al clan de tocadores de tambor al servicio del kabaka, no se ofreció a hacernos una demostración. Añadió que tenían que castrar a los tocadores de tambor del kabaka, porque siempre estaban cerca de él y podían mirar a sus mujeres. Lo dijo más que nada para impresionarnos. Él no estaba castrado.

Desde la garita, un sendero pavimentado y recto como una carretera de Buganda atravesaba la luminosidad del terreno yermo hasta el edificio principal y la oscuridad de la entrada bajo los aleros que llegaban casi hasta el suelo. Bordeando esa zona yerma había pequeñas chozas, unas rectangulares, otras redondas. Esas chozas eran para los encargados de cuidar de las instalaciones, que cuidaban sobre todo del fuego en el patio descubierto que simbolizaba la vida del kabaka. ¿Por qué era allí el terreno tan yermo? ¿No habría resultado la hierba más acogedora? Nos dieron a entender que era más fácil ver las serpientes en terreno yermo.

En el interior del sepulcro propiamente dicho, a la izquierda de la entrada, entre las repentinas tinieblas, y no inmediatamente visible, había una anciana sentada en una estera de rafia de rayas moradas, una de las múltiples esteras de rafia poco más allá de la entrada, esteras que aportaban el único color en aquella parte del sepulcro. La anciana estaba arropada con un vestido largo de algodón con estampado azul, un tanto temblorosa, retraída, sin ver, como convenía a quien vigilaba el sepulcro. Se la consideraba una de las esposas del kabaka, y como tal era una privilegiada. Si el espíritu del difunto rey rebullía, algo que podía ocurrir, y deseaba que le sirvieran, allí estaba ella, a su disposición. Tenía la boca sumida de una anciana, y estaba pálida por vivir apartada de la luz. Mantenía la vigilia un mes entero cada vez; después le cedía el puesto a otra anciana tan privilegiada como ella.

Los kabakas no mueren. Desaparecen y van al bosque. El «bos-

que» estaba justo enfrente, en la parte interior del sepulcro, escondido tras un tejido de corteza marrón que colgaba desde lo más alto de la bóveda como el telón contra incendios de un teatro. En esa clase de edificio era fundamental que todo procediera de la tierra local. No se podía importar nada. Ese requisito religioso propiciaba una especie de unidad, y una extraña belleza. La bóveda se sostenía gracias a varias columnas de madera, ramas de árbol recortadas que no ocultaban lo que eran, y a veintidós vigas circulares de cañas fuertemente apretadas. Las veintidós vigas representaban los veintidós clanes de Buganda.

El entierro de un kabaka no era nada sencillo. Estaba rodeado de rituales que debían de remontarse al pasado remoto (remoto puesto que los pueblos sin escritura ni libros no tienen recuerdos más allá de sus abuelos o bisabuelos). El cadáver del rey se secaba a fuego lento durante tres meses. Después separaban la mandíbula y le incrustaban cuentas o conchas; eso, junto con el cordón umbilical, también con cuentas, el pene y los testículos, en una bolsa de piel de animal, era lo que estaba enterrado allí. El resto del cuerpo, el hombre no esencial, por así decirlo, se enviaba a otro sitio, pero esa parte del ritual siguió siendo un misterio. No me dieron ninguna explicación clara.

En un soporte de metal ante el tejido de corteza que ocultaba el bosque estaban las temibles lanzas del gran Mutesa, de hierro, bronce y latón, algunas de ellas auténticos objetos imperiales, que sugerían riqueza y muerte, regalos de los mercaderes árabes o trueques con ellos. Eran los únicos objetos extranjeros del sepulcro. También había una reproducción del retrato de Mutesa con los ojos desorbitados; en Kampala se veía por todos lados, aunque había otro más interesante y más regio, basado en una fotografía de Stanley de *Through the Dark Continent*. El retrato de Mutesa utilizado en el sepulcro no tenía firma y no se sabía si lo había hecho entre 1861 y 1862 Speke o Grant (ambos consumados dibujantes) u otro en fecha posterior. Esas eran las cosas por las que Mutesa deseaba

que lo recordasen, aunque quizá no por el retrato, que podrían haber colocado allí más adelante.

El sepulcro conservaba su carácter sagrado, y por ese motivo era importante, uno de los cincuenta y dos lugares sagrados de los baganda. Un santuario no era lugar para la meditación privada. Era un lugar adonde podía acudir la gente a pedir favores. Había tres cestas sobre la estera de rafia, ante las lanzas y el retrato de Mutesa. Se dejaba dinero en una cesta concreta, dependiendo de la necesidad de cada cual, y después quizá se podía consultar con un adivino, pero no llegué a averiguarlo.

Mientras, movido por el asombro, contemplaba los objetos del sepulcro –mientras contemplaba las reliquias de Mutesa que habían elegido para ser expuestas y cómo estaba hecho el techo e intentaba situarme en 1884– entró un gatito blanco y negro y trató de acomodarse frente a la anciana para dormir. Pensé que el animalito podía ser de la anciana o de su familia. Me animó. Allí los gatos se consideran espíritus familiares, por lo general malignos, y llevan muy mala vida. Y de repente salió de detrás de la anciana un niño robusto y se puso a dar patadas con aire de indiferencia al gatito, que se levantó y se fue a otro sitio a intentar dormir hasta que se acercó su verdugo. Protesté. El guía dijo algo tranquilizador sobre el niño y el gato. Quizá dijera que en realidad eran amigos. No lo creí.

Días más tarde yo estaba viendo un programa de variedades en la televisión ugandesa. Uno de los temas eran los sepulcros de Kasi. La presentadora dijo –con cierto desenfado, como si simplemente estuviera dando un dato sobre el monumento– que durante su construcción habían sido sacrificados nueve hombres. El guía no había pensado en contárnoslo. Ese hecho proyectaba una oscuridad retrospectiva sobre lo que yo había visto: el tejido de corteza que protegía el mítico bosque adonde iban a morir los grandes mandatarios, la anciana pálida sentada en la estera de rafia sobre el suelo extrañamente desnivelado, esperando a que la llamaran. Sin embargo, no podía imaginarme cómo habrían sacrificado a aquellos hom-

bres; no podía hacerme una imagen mental. Y así sobrevivió la magia.

Pero más adelante, cuando me enteré por el príncipe Kasim, el descendiente musulmán de Mutesa, de que en los viejos tiempos el sacrificio humano era una costumbre cuando colocaban las columnas o ponían los cimientos de un sepulcro, recordé el suelo extrañamente desnivelado de Kasubi, cubierto con las esteras de rafia.

3

Cuando Speke fue a Uganda en 1861 Mutesa era kabaka y ejercía en su corte el poder más despótico: mataba a su pueblo «como pollos» (en palabras de un visitante) y en una ocasión –una historia complicada– sin ningún motivo claro, se llevó una lanza al harén y mató mujeres hasta saciar su sed de sangre. Pero por aquel entonces Mutesa aún no había sido coronado. Los preparativos para su coronación duraron un año y se llevaron a cabo ininterrumpidamente. Gran parte del ritual tenía que ser secreto. Eso podría explicar por qué Mutesa y su madre, gorda y jovial cuando estaba de humor, le dieron largas a Speke, tan pronto acogedores y hospitalarios (Speke dependía de ellos para dar de comer a sus cuarenta y cinco hombres) como distantes, obligándolo a quedarse sentado al sol durante muchas horas a las puertas del palacio.

La parte más célebre del ritual de la coronación era muy conocida, y en ella intervino la madre de Mutesa. Tenía que deshacerse de los hermanos de Mutesa, salvo tres, para eliminar a los posibles pretendientes al trono. Eran treinta hermanos, y la forma ritual de destruirlos era mediante el fuego.

¿Cómo lo hicieron? Tenemos una pista. Veinticuatro años más tarde, en 1886, el joven y obstinado sucesor de Mutesa, Muanga, harto de las problemáticas religiones nuevas, ordenó que quemaran a sus veintidós pajes cristianos. Podría parecer un martirio como es debido, como cualquier otro en la antigua iconografía cristiana, a